

CIENCIAS.

OJEADA GENERAL.

SOBRE LA VEGETACIÓN ECUATORIANA,

POR EL R. P. LUIS SODIEO S. J.,

Catedrático de Botánica.

(Continuación).

II. ZONAS VEGETALES.

I. ZONA TROPICAL.

Al hablar del interés que inspira la vegetación de nuestro país, no nos fijamos tanto en el que procede de la magnificencia, elegancia y hermosura de la misma, es decir, en lo que se limita á halagar los sentidos y la fantasía, cuanto en el que proviene de consideraciones científicas ó se relaciona de algún modo con ellas. Si atendiéramos solamente al primero, no todas las regiones podrían excitarla en el mismo grado: las superiores de los Andes no se diferencian tanto de las análogas extratropicales, que puedan impresionar notablemente una vista poco acostumbrada á las diferencias frecuentemente minuciosas, por las cuales solamente se distinguen á menudo los grupos vegetales. Bajo ese respecto, la que verdaderamente arrebatara nuestra admiración es la que desde el litoral se extiende hasta el pie de los Andes, y de allí por sus amplias laderas hasta un nivel más ó menos elevado, que aproximativamente se puede fijar á los 400 mm., la cual con Humboldt llamaremos *Zona Tropical*. Compónese ésta, por la mayor parte, de bosques que la vista no alcanza á medir, poblados de una vegetación gigantesca, cuyas flores grandes y de primorosos tintes dan mayor realce al lustroso verdor de sus grandes hojas. Entre sus ramos van revoleteando millares de aves, unas en bandadas alegres y clamorosas, otras solitarias y casi medítabundas; pero todas parecen rivalizar con las flores en los soberbios matices de su finísimo plumaje. Y, para que nada falte á estas obras tan magistrales de la naturaleza, lo elegante se entrelaza con lo grandioso, lo suave con lo austero, lo terrible con lo halagüeño, siendo así que los tigres más sanguinarios, las culebras más temibles por sus venenos, y los lagartos no menos feroces que deformes infestan con su presencia estos deliciosos parajes, en cuya comparación pierden su mérito los tan celebrados jardines de Circe y de Armida.

1. Region tropical de los llanos.—Para examinar más circunstiadamente esta región, trataremos por separado de cada una de sus partes, empezando por la que desde el pie occidental de la Cordillera se extiende hasta el litoral del Pacífico. La subida temperatura, la humedad abundante y uniforme, la naturaleza en gran parte aluvial del suelo muy rico en elementos orgánicos y favorecida por las frecuentes inundaciones inverna-

les, son todas circunstancias muy oportunas para favorecer la multiplicación y el desarrollo de su vegetación. La parte sin comparación mayor está ocupada por bosques de árboles colosales, vestidos de ancho follaje y adornados frecuentemente de grandes y muy hermosas flores. Recordaremos entre éstas las *Bombáceas*, las *Esterculiáceas*, las *Mirtáceas*, las *Cordiáceas*, las *Lauríneas*, dejando de hablar de las reinas de los bosques tropicales, las *Palmas*, cuyo vasto plumaje de larguísimas hojas plateadas, se ve continua y majestuosamente undular al ligero soplo de las auras. Sobre éstos y los demás árboles se trepan y enredan los bejuco, ya zarcillosos, ya volubles ó con ramos, oportunamente dispuestos para ello, hasta que llegados á la extremidad se van extendiendo y casi paseando, sobre las elevadas copas de sus sufridos patronos, las que coronan con elegantes guirnaldas de vistosas flores. Podríamos citar, entre otras, las *Bignoniáceas*, las *Léguminosas*, las *Asclepiadeas* &c., como familias á que pertenecen estos bejuco. Hay además las *Bauhinéas* y las *Sapindáceas* tan notables por la estructura curiosa y todavía problemática de sus tallos. En algún punto, los bejuco de las *Cucurbitáceas* se multiplican de modo que (como ví no lejos de Bahahoyo) llegan á enredar completamente trechos considerables de bosques, hasta el punto que de lejos parecen extensas superficies verdes continuas, y por la desigualdad de los árboles representan bastante fielmente la superficie del mar en deshecha tempestad. El suelo, cubierto por aquella especie de tejado vivo, no produce más que algunas gramas y unas pocas plantas palustres (*Alismáceas*, *Ciperáceas* &c.) á lo largo de los pantanosos esteros que lo surcan, y aun éstas mezquinas y agostadas

Sabanas.—La continuidad de estos bosques no es tan absoluta que no se vea interrumpida por trechos más ó menos extensos de terreno que, ó por la esterilidad, ó por la sequía á que están expuestos en los meses de verano (Julio-Diciembre), no son capaces de vigorosa vegetación. Son éstas las que llaman vulgarmente *sabanas*. En el territorio ecuatoriano, las regiones de esta naturaleza son raras, y nunca llegan á ese grado de esterilidad que hace famoso el litoral peruano. Sin embargo la costa de Santa Helena y algún punto de la de Manabí (a) forman excepción, renovándose allí el fenómeno curioso de la escasez excesiva ó de la total carencia de lluvias por épocas considerables. Las sabanas de las cercanías de Guayaquil, y de otros puntos de la misma provincia, son muy limitadas. Su terreno arenisco se cubre en la primavera de una vegetación densa pero pequeña, formada en gran parte de *Gramíneas* y de *Ciperáceas*, á las que se añaden, como elementos secundarios, alguna *Acantácea* (*Blechnum* y *Leptostachya*), alguna *Personada* (*Torenia*, *Vandelia*, *Herpestes* &c.), alguna *Labiada* (*Salvia*, *Hyptis*), alguna *Verbenácea* (*Priva*, *Verbena*), tal cual *Amarantácea* (*Cyathula*, *Achyranthes*, *Amarantus* &c.). Los puntos menos estériles de estos llauos uniformes y monótonos, están señalados por arbolitos esporádicos de *Acacias* y *Prosopis*, por matorrales de *Mimosas*, *Rámneas*, *Buettnerias*, *Euforbiáceas* (*Croton*) &c., frecuentemente enredados por pequeños bejuco de los órdenes de las *Convolvuláceas*, *Contortas*, *Pasifloras* &c. Aquí también se reproduce, aunque por otras causas, el fenómeno tan común en las regiones extratropicales de la caída periódica de las hojas. Las colinas que rodean á Guayaquil representan, durante el estío, el aspecto de los bosques de Europa á mediados del otoño. Pocas son entonces las plantas que allí conservan todas sus hojas en estado de vegetación (*Mirtáceas*, *Anonáceas* &c.), y entre tanta desnudez,

(a) Véase á Enrique Vte. Onfroy: *Amérique Equatoriale* &c. pág. 280 y sig.

son más admirables las hermosas flores que conservan muchas de ellas; por ejemplo, de las *Papilionáceas*, la *Erythrina*; de las *Malváceas*, el *Hibiscus Costatus*; de las *Bombáceas*, el *Bombax Ceiba*; de las *Convolvuláceas*, la *Ipomea Fistulosa*; de las *Apocíneas*, la *Tabernaemontana* &.

Las partes de las sabanas frecuentemente inundadas por el reflujo del río, empujado periódicamente por la marea, ofrecen una vegetación más vigorosa y risueña. Entre las muchas gramas que siempre prevalecen, hallamos la *Sida Campestris* y la *Dombeyana* &, la *Malochra Humilis*, la *Kosteletzkia Hispida* &. Merecen, pues, especial mención las *Mimosas*, ya fruticosas, ya sufruticosas, cuyos ramos, endebles y casi horizontales, se enredan mutuamente. El pasajero, al sentar el pie entre ellas, observa con maravilla y agrado que se encogen las hojas de estos curiosos vegetales y palidecen en su rededor, propagándose este extraño fenómeno, á medida que él adelanta, de un ramo á otro, de una á otra planta, como transmitido por un alambre eléctrico. Junta con ellas y varias otras de sus congéneres, vive también la *Eschinomene Sensitiva*, dotada de idéntica excitabilidad, la cual empero no puede percibir en el *Biophytum Dendroides* (que vive en las orillas del río Limón), mientras se manifiesta tan notablemente en el *Biophytum Sensitivum* de las Indias Orientales. Las riberas de los ríos y de los esteros que, en las cercanías de Guayaquil, rodean y parten irregularmente las sabanas, están cubiertas de *Rhizophora Mangle*, señalada por la singular propiedad de criar raíces adventicias en toda la extensión del tallo y de los ramos; así es que cada ramo se puede prolongar indefinidamente y formar, de trecho en trecho, nuevos centros de vegetación, resultando de aquí cercos y bosquecillos enredadísimos é impenetrables. Con ésta se asocia también la *Arcuaria Tomentosa* var. *Guayaquilensis*, la *Anona Uiginosa* y *Bonplandii*, elegantes arbustos de *Mimosas* y de *Acacias* &. Entre la vegetación que cubre inmediatamente el suelo, hallamos el *Cyperus Giganteus*, el *Articulatus* y el *Nodosus*, la *Typha Truxillensis*, la *Trapa Natans* &. La *Pistia Obcordata* ("lechuga del río" en Guayaquil) y la *Salvinia Hispida* se crían en los maderos podridos, en las orillas de los ríos, y, desprendiéndose de ellos por las avenidas de las mareas, quedan flotantes en la superficie del agua. En los esteros mismos, especialmente de agua dulce, así como en las orillas bajas de los ríos, además de las que acabamos de citar, viven también elegantes especies de *Neptunias*, *Hidrocarídeas*, *Alismáceas*, *Littrarias* y *Enotéreas*, entre las que prevalecen las *Enotéreas* y las *Jussiaeas*, como el *Epilobium* y el *Lythrum* en Europa (a).

(a) En los pequeños esteros de agua estancada de las orillas del Guayas, se presenta á menudo el fenómeno de que la parte cortical de las raíces de algunas plantas acuáticas se desarrolla notablemente, transformándose en masas esponjosas de varias formas y dimensiones. En la *Jussiaea Natans*, el tallo y los ramos endebles y rastreros despiden de las axilas de sus hojas raicillas, al principio muy delgadas, que más tarde sufren la transformación mencionada, tomando la forma y el volumen casi de las raíces grumosas del *Ranunculus Ficaria*. La parte transformada mide casi una pulgada; mas la extremidad se conserva en el estado natural y se prolonga notablemente hasta fijarse en el ciéno. Aquí tenemos evidentemente una forma particular de órganos natatorios que se pueden comparar á los *ascidios* de las *Uricularias*. En la *Ammania Ramosior* y en el *Pongatium Indicum*, se renueva este mismo fenómeno en mayores proporciones, pues la transformación afecta una gran parte de las raíces y aun la parte inferior del tallo, hasta en donde está sumergido, cuando el agua se halla al nivel normal. La causa inmediata de tal transformación es acaso la temperatura del agua misma en que viven, que puede subir hasta 25 °, en el lugar en que se hizo la observación. Su objeto, pues, es el de impedir la total sumersión de las plan-

Antes de dejar esta región, digna ciertamente de estudios más serios y más detenidos, haremos todavía mención de algunos de sus vegetales más interesantes. Nombraré, en primer lugar, una especie de *Helosis* que hallé parásita, en grande abundancia, en las cercanías de Babahoyo, en las raíces de un grande árbol. El examen superficial, que pude hacer de paso, me inclinó á creerla una especie idéutica con la *H. Brasiliensis*, que se halla también en el ascenso oriental del Pichincha y, en mayor abundancia, al lado occidental (valle de Lloa), y esto hasta la elevación de más de 3000 mm., en donde la temperatura puede llegar apenas á 8 ó 10° c.; mientras en el punto antecedente, á pocos metros sobre el mar, el calor medio es de 28° c. La identidad de la especie en dos puntos tan lejanos y de condiciones tan diversas, sería tanto más notable por no haberse hallado hasta el día en ningún otro punto intermedio. Tendremos más tarde ocasión de citar algún otro fenómeno análogo.

El *Vitex Gigantea*, la *Muntingia Calaburu*, la *Cratava Rodiati-flora*, dos ó tres especies de *Inga* &. son árboles muy frecuentes en los bosques de la región que nos ocupa. Varias especies de *Solanum*, de *Caparis*, de *Oleome*, de *Cuphea*, de *Passiflora*, de *Begonia*, de *Piper* &., se hallan ya en las orillas de los esteros, ya cerca de las habitaciones, ya á lo largo de los caminos. Entre las *Oleomes* merece especial mención la *O. Longipes*, común en las cercanías de Sabaneta, cuyas larguísimas sílicuas lineares están colgadas de un tecaforo capilar largo hasta más de un pie. Por semejantes proporciones de sus pedúnculos, y respectivamente aun de su sus pétalos, estambres y pistilos, que están encogidos y torcidos espiralmente, se hace notable una especie (probablemente nueva) de *Rosenbergia* bastante frecuente en los bosques húmedos próximos á la Cordillera. En toda la llanura desde Guayaquil hasta este último punto, son muy raros y escasos los helechos. El más común y abundante es el *Lygodium Venustum*, que en los alrededores de Babahoyo se multiplica notablemente, no sólo en los bosques y en los matorrales, siro también en los plantíos de café, de que llega á ser una maleza muy dañosa y difícil de destruir. El *Adiantum Intermedium* y el *Macrophyllum*, el *Nephrodium Macrophyllum*, unas pocas especies de *Polypodium*, y no sé que más, forman todo el conjunto de esta grande clase que, de paso, pude observar en aquellas selvas. Podemos afirmar con seguridad que, en la parte superior de los Andes, son menos escasos que en los bosques mencionados: fenómeno que se debe atribuir sin duda á causas atmosféricas y, en especial, á la sequía que se hace bastante sensible aquí en los meses de verano, cuando los bosques de Cauoa y de Caraques poseen un número considerable y formas muy interesantes.

Las *Bambuseas*, las *Escitamíneas* y las *Aroídeas* son de las que más

tas en las mayores avenidas, ya que la lijerza de la parte esponjosa es suficiente para arrancar del cieno, siempre muy flojo, las extremidades raigüles y conservar en tales casos toda la planta flotante en la superficie del agua. Que tal fenómeno no sea una afección morbosa, lo manifiesta evidentemente el aspecto de las plantas, que se muestran en estado de vegetación normal, de desarrollo perfecto, y muy recargadas de flores y frutos. Por otra parte, la analogía de esta última metamorfosis con la mencionada de la *Jussiaea Natans* es tan manifiesta, que ella sola puede bastar para hacernos comprender su naturaleza. Pero, en cuanto al objeto, se puede con razón dudar si el indicado sea realmente el único, ó si esté destinado también á facilitar la absorción. Esta sospecha tiene su origen y se apoya en el hecho de que el mismo fenómeno se produce también en las raíces y tallo de alguna *Jussiaea* leñosa y trepadora terrestre, cuando se halla circundada de abundante humedad, como hemos observado en el valle de Mindo.

atraen la atención del pasajero, manifestando al mismo tiempo cierta oposición entre sí. Las primeras, cuando se señalan por sus proporciones gigantescas entre las de su familia, otro tanto se singularizan por el enorme desarrollo á que llega su tallo (de 12 á 15 mm), cuando aun no han echado sino hojas rudimentarias, que se podrian llamar más bien "filodios"; mientras en las segundas, sobre un tallo frecuentemente pigmeo, brotan hojas colosales. ¿Qué importantes cuestiones fisiológicas no podría suscitar una oposición tan marcada? Entre éstas, pues, la *Musa* (Plátano), además de hermosear con su primoroso follaje, como las demás de su clase, la región en que vive, es una de las plantas providenciales más útiles á la humanidad, particularmente en estas regiones. La actividad de su vegetación la hace muy apropiada para disipar la excesiva humedad y purificar el aire de estos parajes frecuentemente inundados, en donde el agua estancada bajo un sol abrasador se va evaporando, poco á poco, en miasmas pestilenciales, impidiendo casi todo otro cultivo. La *Musa*, sin huir los lugares secos y arenosos, donde no falte del todo el riego, prospera maravillosamente en lugares húmedos y pantanosos; exige poco ó ningun cultivo, ya que se propaga por si misma espontáneamente y carga una enorme panícula de frutos sabrosos, nutritivos y sanos que forman el ordinario alimento de la gente de aquellas regiones, á quienes el excesivo calor y la insalubridad del clima hacen del todo incapaces de fuertes trabajos agrícolas.

2. Region tropical en las faldas de las Cordilleras.—

Al dirigirse de la costa de Guayaquil hacia la meseta de Quito, se ve el viajero rodeado, por largo tiempo, de altos bosques primitivos que suben con él hasta una elevación bien notable de la cordillera, mitigando con su fresca sombra los molestos ardores de la zona tórrida, proporcionándole aire más suave y puro, y ofreciéndole la agradable sucesión de siempre nuevas impresiones, por el lento cambio de vegetación que le van presentando, á medida que adelanta en su camino. Diré también que la vegetación de los bosques al pie de la cordillera, situados casi en el límite entre la región precedente y 400 mm. sobre el mar, así como es la más lozana y soberbia, es también la más agradable é interesante por su variedad. Allí, como en su legítimo asiento, concurren así las plantas de las regiones más calientes como las que los caudalosos rios transportan, en su corriente, desde las regiones superiores. Teniendo en cuenta lo que llevamos dicho, se nos dispensará hacer aquí una nueva descripción de los bosques colosales de esta región, que rivalizan con los de la precedente en las proporciones, hermosura y variedades de sus productos. En efecto, las circunstancias ó las condiciones de estas regiones no podrían estar mejor combinadas, para hacerla más apropiada y favorable á la vegetación. Aquí el calor rivaliza con la humedad, y así el uno como la otra, además de los poderosos influjos directos que ejercen sobre la vegetación, la favorecen y fomentan y casi la impulsan hasta el exceso indirectamente, promoviendo, con suma energía y constancia, la descomposición de los restos vegetales que cada individuo devuelve, como justo tributo, al suelo que le dió ser y le sustenta. A su vez éste, nada avaro, lo convierte todo en más abundante sustento, así de los muchos que va criando incesantemente, como de los que lo recibió. Nada es aquí inútil, nada se pierde. Los restos de los seres extinguidos pasan, sin demora, á formar parte de los presentes; la muerte está en íntimo enlace con la vida. El hijo se apodera pacífica é inmediatamente de lo; despojos mortales de sus padres, para transmitir después del mismo modo los propios á su descendencia. La materia, en la naturaleza, se halla como en continuo movimiento rotatorio: sube para bajar y baja para em-

pezar de nuevo otro curso, luego que haya concluido el que actualmente la fatiga. Pero si esto tiene lugar en todas partes, aquí es en donde se verifica con mayor actividad y constancia, bajo el energético é incesante influjo del calor y de la humedad constantemente uniformes. Al mismo tiempo, pues, que dichas circunstancias activan directa é indirectamente la vida de los individuos existentes, favorecen también la producción y el desarrollo de los nuevos. ¿Cuántas veces la sequía del verano y el rigor del invierno impiden, en las regiones extratropicales y aun en alguna de las nuestras, que no goza de los privilegios de la presente, el que broten las semillas, dejándolas entre tanto al arbitrio de mil causas destructoras? ¿Cuántas, no destruyen ellos mismos los tiernos gérmenes que todavía no pueden soportar sus excesos? No tiene esto lugar en esta región, en la cual el uno se equilibra tan oportunamente con el otro, que no parece posible conciliación más favorable. De este constante equilibrio, se sigue también que, en muchísimas especies, jamás se suspende ni la vegetación ni la reproducción: en la mayor parte vemos hojas siempre verdes, flores siempre abiertas, frutos siempre maduros; y de ahí proviene que el suelo está siempre sembrado y siempre en acto de germinar, y que innumerables generaciones se hallan mezcladas la una con la otra, sin que la multiplicación de los individuos tenga otro límite que el del espacio indispensable para cada uno, así del suelo en que fijarse, como de la atmósfera, para la conveniente cantidad de luz y el necesario cambio del aire; y como estas condiciones, en igualdad de circunstancias, se verifican mejor en los declives que en los valles, en ellos la vegetación es aun más abundante y más activa.

Epífitas.—*Bejucos*. Es consecuencia de la copiosa humedad atmosférica que se desarrolla y conserva constantemente, el que no sólo el suelo sino también el tronco de los árboles, sus ramos y aun sus hojas estén á menudo cargadas de vegetales epífitos, acrecentándose de este modo la superficie del suelo á manera de muchos pisos ó capas sobrepuestas una á otra. En las regiones extratropicales, se produce este fenómeno casi exclusivamente por los *musgos*, *líquenes*, pocos *helechos* y algunas *crasuláceas*; mas, en nuestros bosques, el número de las plantas epífitas es tan crecido, que merece toda nuestra consideración. Esto nos proporciona la ocasión de fijarnos todavía algo más en los bejucos, que se pueden agregar en algun modo á las epífitas; pues, aunque viven arraigados en el suelo, sin embargo necesitan el apoyo de otras plantas para conseguir todo su natural desarrollo. Basta comparar entre sí las familias naturales de nuestro territorio con las de Europa, para conocer el número sin comparación mayor de bejucos que hay en él. Entre los helechos, el género *Lygodium* tiene especies de esta naturaleza. El antes citado *Lygodium Venustum*, en las cercanías de Panamá y de Babahoyo, enreda y envuelve las elevadas copas de árboles colosales. Los géneros *Polypodium*, *Nephrolepis*, *Acrostichum*, *Hymenophyllum*, *Trichomanes* &c., tienen varias especies de tallos volubles ó trepadores, que también hallamos en los géneros *Selaginella* y *Lycopodium*; asimismo el *Lycopodium Clavatum* y algún otro, ofrecen semejantes fenómenos aun en Europa. Entre las *Gramíneas*, citaremos con Humboldt (a) los géneros *Chúsquea* y *Bambusa*; entre las *Amarilídeas*, el género *Bomaria*; de las *Bromelias*, alguna especie de *Pitcairnia*; sin hablar de las *Dioscóreas* y *Esmilacíneas*, de las *Amarantáceas*, *Nictagíneas*, *Valerianas*, *Compuestas* &c., que abrazan todas un número, cuál mayor, cuál menor, de especies de esta naturaleza. Para abreviar y proceder al mismo tiempo

(a) Tableaux de la Nature, pág. 360.

con mayor claridad, diremos: 1º que las familias comunes á los dos continentes, que poseen especies de esta forma en Europa, las tienen también en el Ecuador, y casi siempre en mucho mayor número (*Dioscóreas, Poligóneas, Convolvuláceas, Contortas, Ranunculáceas, Leguminosas, Ampelideas* &c.); 2º que muchas que en Europa carecen de ellas, aquí abundan (*Gramíneas, Amarilideas, Aroideas, Euforbiáceas, Valerianas, Amarantháceas, Solanáneas Lobeliáceas* &c.); 3º finalmente, que muchas de nuestras familias muy ricas en bejucos faltan del todo en Europa (*Bignoniáceas, Menisperméas, Pasifloras, Malpigiúdeas, Sapindáceas, Tropeóneas, Melastomáceas* &c.). Es también digno de consideración que la mayor parte de los bejucos de Europa son plantas herbáceas (*Tamus, Polygonum, Convolvulus, Galium, Cynanchum, Lathyrus, Pisum*); muy pocos, los fruticosos ó sufruticosos. En nuestras regiones, por lo contrario, estos últimos prevalecen sobre los precedentes. Haremos notar, además, que nuestros bejucos herbáceos crecen particularmente en los parajes de vegetación baja, en las plazoletas y en los alrededores de los bosques, en los matorrales &c.; en los bosques más elevados y sombríos, predominan los leñosos.

En sentido más propio se aplica el nombre de *epífitas* á las plantas que viven sobre otras, sin percibir de éstas otro beneficio que el del apoyo ó asiento bastándoles para su alimento lo que la atmósfera; les proporciona. Aun las Dicotiledóneas tienen muchos representantes de esta naturaleza. Citaremos como ejemplo las *Oralídeas*, las *Cácteanas*, las *Gesneráceas*, las *Urticáceas* y especialmente las *Piperáceas*. Entre estas últimas, la mayor parte de nuestras *Peperomias* son epífitas ó, al menos, viven indiferentemente sobre los árboles ó en el suelo, y aun sobre las piedras. El número de epífitos se aumenta considerablemente al pasar á las *Monocotiledóneas*. Entre las *Pandáneas*, hallamos la *Cardódoricia*; las *Aroideas* lo son casi todas. De las 115 especies de *Orquideas*, que existen en nuestra colección, apenas 10 son terrestres; de 16 *Bromeliáceas*, una solamente; y de las 340 *Criptógamas* vasculares, se puede calcular que las 300 son epífitas. De todo lo cual podemos deducir que, por cálculo aproximativo, las plantas de esta categoría forman $\frac{1}{2}$ de nuestra colección, número bastante considerable; mientras, en la Flora de las plantas vasculares de Europa, forman un elemento que apenas merece ser tomado en cuenta. Muy abundante es también el número de los individuos: pasando por nuestros bosques, apenas se puede hallar algún pequeño espacio en que pudiera existir una planta más; porque, como hemos dicho, aun los troncos y los ramos de los árboles están cubiertos de epífitas. Es, pues, muy exacto lo que dice el señor Grisebach, (a) que: "todo tronco de árbol viejo puede compararse á una almáciga de plantas epífitas." No es raro hallar sobre uno de esos enormes troncos, caídos bajo el peso de los siglos y entregados á la putrefacción, alguna que otra especie de *Polypodium*, de *Asplenium* ó de *Acrostichum*, dos ó tres de *Pleurothallis* ó alguna de *Stelis*, *Leptanthes*, *Masdevallia*; algún *Anthurium*, *Philodendron*, tres ó cuatro especies de *Peperomia*, una que otra *Gesnerácea*, el *Vaccinium Dendrophilum* ó el *V. Muscicola*; el *Sphyrospermum Cordifolium* ó *Myrtifolium*, &c. Los árboles vivientes no son más felices en eximirse de estos huéspedes importunos. De sus ramas están colgadas elegantes especies de *Lycopodium*, que llegan á tener hasta un metro de longitud, y si no las hallamos de mayores dimensiones aún debe por ventura atribuirse á la circunstancia de que su tallo, frecuentemente filiforme, ó la raíz flojamente adherida, se arranca por

(a) Vegetation der Erde, vol. II, pág. 26.

el peso de la parte superior que, por las repetidas bifurcaciones, se transforma en una copa, respectivamente enorme. Las *Tillandsias* son epífitas de las más comunes, pero parece prefieren los parajes secos, en donde cubren los árboles frecuentemente raquíticos ó enanos y los arbustos, así de la región superior de los bosques, como de los puntos en que la esterilidad del suelo, junto con un clima demasiado caliente y seco, impide una vegetación más robusta. Ni puede decirse esto solamente de la *T. Ligulata*, *Floribunda* y de las otras que, en la parte inferior de sus hojas formadas á manera de tubo, recogen (como en un pluviómetro natural) y conservan, por largo tiempo, el agua liovediza y el rocío nocturno; sino también de la *T. Usneoides*, *Trichoides* y otras análogas que carecen de tal aparato. Antes bien, éstas viven muy frecuentemente pegadas á rocas desnudas y á masas de arena y de toba, que, lejos de proporcionarles humedad, son más apropiadas para absorberles la que acaso pudieran tener en sus tejidos. En ningún punto de nuestras cercanías, son más numerosos estos singulares vegetales que en las cuevas del Perucho y Guailabamba, región estéril y aridísima, en donde el calor diurno sube quizá á 35° c. Algunos autores dan á las *Epífitas* el nombre de “plantas aéreas.” Esta denominación queda justificada en todo rigor, particularmente en las dos especies de que estamos tratando; pues, á mas de vivir colgadas de las ramas y peñascos, como muchas otras, ofrecen el singular fenómeno de que á medida que su tallo se prolonga en la parte superior, se seca en la inferior hasta perder totalmente el tejido cortical.

Parásitas y Semiparásitas. Las plantas *parásitas* se distinguen de las epífitas en que, además de vivir adheridas á otras plantas, atraen también de ellas las sustancias nutritivas. Llámense simplemente *parásitas* si se nutren únicamente de las savias ajenas, y *semiparásitas* si sólo en parte. Las primeras se manifiestan desde luego por la falta de color verde, es decir, por carecer de clorofila, sustancia indispensable á todo vegetal para la descomposición del ácido carbónico que absorbe de la atmósfera, y consecuentemente para poder asimilar el carbono. Careciendo, pues, las verdaderas parásitas de este elemento, les es preciso recibir de las plantas en que viven las materias nutritivas ya desoxidadas. Las plantas vasculares de tal naturaleza son escasas en nuestro territorio. Citaremos aquí los géneros *Cuscuta*, *Neottia* y *Helosis*, representados por pocas especies. Mucho más numerosas son las *semiparásitas*, que de los árboles en que viven, perciben solamente una parte del alimento, la savia que llamamos “ascendente”, la cual, así como los elementos que atraen de la atmósfera, es elaborada y asimilada por ellas mismas, provistas como están de clorofila. Nuestras *semiparásitas* pertenecen casi todas á la familia de las *Lorantáceas*, la cual, cuanto es original en sus costumbres, otro tanto lo es en la organización y en el aspecto. El número de sus especies es desgraciadamente bastante crecido en nuestro país: en nuestra colección existen ya veinticinco especies distribuídas en seis géneros; lo que, atendida la poca extensión que hemos podido dar á nuestras exploraciones, nos convence de que éstas apenas pueden representar la mitad del número total que vive en el Ecuador. Por consiguiente, es muy probable que solamente en él vivan otras tantas especies de las que al presente se le atribuyen juntamente con las de Bolivia y el Perú (a). He dicho “desgraciadamente”, porque poca ó ninguna es la utilidad práctica que nos ofrecen, y considerables los perjuicios que causan, especialmente á los árboles frutales. La zona ocupada por esta clase de plantas excede en anchura á 3600 mm. Los bosques de la costa poseen varias especies, así de las *Lorantáceas* como de

[a] V. Eichler, in Mart, Flora Brasil., Vol. V, parte II, pág. 135.

las *Viscineas*. Los tamarindos de las inmediaciones de Guayaquil están llenos del *Oryctanthus Ruficaulis*, del *Psitacanthus Mexicanus* y de la *Phytusa Magdalene* (?), especies que, con varias otras, son bastante comunes aun en los bosques al pie de la cordillera. El *Struthanthus Orbicularis* desde la orilla del Guayas sube hasta el valle de Mindo (1200 mm.), y el *St. Marginatus* hasta los declives del Cotacachi (hacienda de Quisaya). En las cercanías de Quito, Tumbaco y Pomasqui, es muy común el *Phrygilanthus Acutifolius*, que prospera admirablemente aun sobre las plantas lechosas (*Ficus Carica*). En la región superior se halla el *Ph. Grandiflorus*, *Ph. Corymbosus*, *Ph. Secundus*, el *Psitacanthus Mutisii* &, juntamente con alguna especie de *Phoradendron* y de *Dendrophthora*, hasta el límite de la vegetación arbórea.

No estamos todavía en situación de decidir cuál de los subórdenes tenga mayor extensión ó suba á mayor altura, puesto que hallamos especies así del uno, como del otro, aproximadamente al mismo nivel inferior y superior; sin embargo, por las observaciones hechas hasta ahora, creemos poder afirmar que las *Viscineas* abundan más en géneros y especies en la zona media, y las *Loránteas* son más ricas de géneros en la inferior y de especies en la superior. Finalmente, notaremos aquí de paso que el *Phrygilanthus Tagua*, especie terrestre (¿totalmente?), en oposición con casi todas las otras de la presente familia, además de hallarse en la provincia de Loja (Jámeson), crece también en el Corazón hasta 3480 mm., y aun en el Antisana casi á la misma altura.

(Continuará).

LITERATURA.

LA POESIA POPULAR Y TRUEBA.

Al decir de algunos, la poesía hispano-americana, así de los tiempos de la Colonia como de la éra actual, carece, con frecuencia, de la originalidad que las magnificencias del maravilloso suelo en que se ejerce deberían imprimirle. Y en efecto, los más de los poetas americanos, en vez de aspirar á esa originalidad que, más ó menos tarde, tiene de ser el principal distintivo de su fecunda musa, prefieren, generalmente, continuar entonando el conocido repertorio de los vates europeos, repertorio en el cual, si quiera sea porque contiene tanto y tan bueno, ya no es dado sobresalir sino á pocos, poquísimos ingenios, singularmente privilegiados.

Cuando la ciencia y el genio, personificados en Colón, buscaban nuevos mundos para la grande Isabel, ya los poetas españoles, hasta entonces originales cual las maravillas de sus moriscos alcázares, preferían buscar con avidez las obras de Virgilio y Horacio, á fin de que se escuchasen en las orillas del Guadalquivir y del Tajo acentos semejantes á los que hicieron resonar, en las orillas del Tiber, los hijos del pueblo rey. El genio y la ciencia, entonces, hicieron surgir del seno del Océano una nueva tierra llena de vigor y vida, juventud y belleza, encanto y fantasía; y allí se le presentaban al poeta fuentes inagotables de inspiración en que mitigar su sed desesperante y nunca satisfecha; y allí su mente ardorosa podía ser

acariciada por cien y cien imágenes risueñas que tenían de surgir del nuevo y sorprendente panorama, al impulso de una fantasía creadora; y allí le era dado sentir emociones desconocidas que le hicieran arrancar extrañas melodías de las cuerdas más delicadas de su lira; y allí, sin dejar de ser original, podía encontrar acentos armoniosos que no habrían sido desdenados por los padres de la poesía latina. Esa tierra de promisión habría sido, pues, saludada con desusados acentos; pero pocos fueron los Ercillas y muchos los Carvajales que surcaron las ondas que la escondían.

La España apoderóse de la candorosa virgen recién aparecida, y la hermosa prisionera continuó, por más de tres siglos, sometida á su aprehensora, con la indolencia de la odalisca que aspira los perfumes embriagadores que la rodean y no echa de menos su perdida libertad. Quiso al fin aspirar aire más libre, sintió pesada la atmósfera de su harén, hizo esfuerzos desesperados y arrojó sus cadenas al rostro de sus guardianes. La transición fué terrible, y la inquieta liberta probó que estaba en uso de su anhelada independencia, corriendo desatentada como una bacante, desgarrando sin piedad sus entrañas y lanzándose, como una loca, hasta el borde del abismo. Pero al fin pasará ese estado de agitación, propio de la infancia política de las sociedades; vendrá un tiempo de quietud y calma; y la América se recostará, pacífica y tranquila, en su lecho de flores, aspirando el aroma de sus bosques, arrullada por la voz de sus cascadas, acariciada por la brisa de sus lagos y adornada con las triples galas de la naturaleza, la civilización y la libertad.

La América en general, y especialmente esta adorable fracción suya que constituye el suelo de la Patria, están siempre rodeadas de una atmósfera de poesía peregrina, original y encantadora, y poco tiene de hacer el poeta para arrancar de su lira las notas más armoniosas.

Si quiere dirigir ardientes plegarias al Eterno, con toda la efusión de que es capaz una alma apasionada y entusiasta; si desea tener momentos de éxtasis supremo en que se eleve hasta su Creador; en una palabra, si anhela saciar su sed de inspiración en esa corriente pura, mansa y cristalina que se llama *la poesía religiosa*, le basta echar una mirada sobre los pobres y oscuros sacerdotes que, llevados en alas de la caridad, penetran en nuestros bosques, y, sin más armas que su cruz y su breviario, hacen una conquista pacífica para la civilización. Contemple á esos infatigables obreros de Dios, sígalos, paso á paso, en todos sus padecimientos, penetre con ellos en la cabaña del salvaje, escuche las palabras llenas de unción y de consuelo, que empleen para hacerse abrir las puertas del corazón antes de llamar á las de la inteligencia, busque la causa motriz productora de tan heroicos cuanto callados actos; y, en una palabra, consagre toda su atención, siquiera sea por un momento, á ese adorable y silencioso poema de caridad cristiana que principia en la más sublime abnegación y termina en el martirio. ¡Oh! entonces sus cantos serán, unas veces robustos y sublimes como los que el soplo de Jehová ponía en los labios de los profetas, y otras prorrumpirán en acentos melancólicos y tiernos como las plegarias del mendigo, y sentirá rodar de sus ojos lágrimas semejantes á las que cayeron en las orillas del Eufrates, en los tiempos de cautividad.

Si el poeta quiere consagrar su imaginación á las grandiosas y fantásticas creaciones del poema, eche una mirada hacia las guerras de nuestros aborígenes; siga en sus empresas á ese puñado de esforzados y atrevidos aventureros que obtuvieron la conquista del suelo americano; contemple las terribles sublevaciones de los pueblos nuevamente formados ó sometidos, de consecuencias tanto más espantosas cuanto más pesadas

eran las cadenas que debían quebrantarse; dé, en fin, una ojeda rápida sobre esa lucha de titanes, esa lid terrible, encarnizada y sangrienta, esa grandiosa y sublime epopeya que se llama *la guerra de la Independencia*; y por donde quiera se desplegarán á su vista cien y cien cuadros, ya de invención atrevida y espléndido colorido, ya de pinceladas severas y medias tintas sombrías, pero siempre originales y magníficos. Y Huaina Cápac, Pizarro, Quiroga, Bolívar, el hijo de la constancia y de la gloria, le ofrecerán modelos acabados, ora quiera describir los rasgos de heroísmo de una guerra nacional, ora pretenda bosquejar un guerrero impulsado por la insaciable sed de la codicia, ora trate de pintar un salvaje animado por el soplo infernal de la venganza, ora se esfuerce en trazar los contornos de un héroe á quien inflame el fuego sagrado de la libertad.

Si pasamos á la *poesía descriptiva*, ¿cómo no sentir inflamado el estro en un país donde no hay un palmo de tierra en que la naturaleza no hubiese derramado, con mano pródiga, todos sus tesoros? ¿qué raudales de inspiración no encontrará la mente ardorosa del poeta bajo las bóvedas de nuestras florestas, al pie de nuestras cascadas, junto á la margen de nuestros ríos y en la cumbre de nuestras montañas? Tiempo ha, al atravesar uno de nuestros imponentes y magníficos bosques, escribía en mi cartera de viaje lo siguiente: “El que no ha visitado selvas vírgenes que se parezcan á las nuestras, ni ha surcado ondas como las del Guayas, para experimentar la transición de lo risueño y apacible á lo imponente y majestuoso, carece de una de las principales y más fecundas fuentes de verdadera inspiración. El poeta clásico, el poeta de la antigüedad, puede muy bien formarse con la lectura de León y Garcilazo; pero el poeta descriptivo, intérprete fiel de la naturaleza, se forma escuchando el lenguaje del huracán y de la cascada, bajo las sombrías bóvedas de un bosque majestuoso ó sobre la soberbia cúpula de una elevada montaña”. Describa, pues, el poeta americano, y sus cantos serán, unas veces risueños como las márgenes del Daule, y otras severos y elevados como la frente del Chimborazo; unas veces apacibles como la corriente del Guayas, y otras sonoros y turbulentos como la voz del Agoyán; unas veces dulces como la brisa del Chanduy, y otros arrebatados como el huracán de los Andes; unas veces veces melancólicos como la tibia luz del crepúsculo, y otras inflamados como el sol reverberante de la sabana. Describa, pues, el poeta americano; que la naturaleza se le brinda, ya con encantadora coquetería, ya con imponente majestad.

Por último, si el ingenio americano desea consagrarse á la *poesía dramática*, las costumbres de una sociedad enteramente nueva le ofrecerán cuadros peregrinos, de sencillez y originalidad encantadoras, y tiene una riquísima mina, todavía no explotada. Y si quiere dedicarse á la *poesía pastoral*, le basta penetrar en la cabaña del pobre indiano y escuchar el melancólico ¡ay! de su *rondador*.

¿Y cómo, hallándonos rodeados de una atmósfera de poesía peregrina, original y encantadora, hemos tenido tan corto número de cantores, y el único de los nuestros que, con envidiable gloria, ha hecho resonar sus acentos al otro lado del Atlántico, no es el poeta original americano, sino el formado en la escuela de la antigüedad? ¿Por qué, en un país donde todo respira poesía, es tan pobre la literatura? Hélo aquí.

El célebre Larra decía que escribir en España era hacer un monólogo demasiado desesperante y triste. ¿Cómo podré yo definir lo que sea escribir en el Ecuador? Escribir en el Ecuador es arrojar algunas semillas en medio de un oasis solitario. Una producción literaria es aquí la palmera del desierto, que se ostenta verde y lozana, sin que nadie se pare á contemplar su hermosura, ni á gozar de su perfume. Crece arrullada tan sólo

por la brisa de sus cantoras, y desaparece sin dejar el menor rastro de su fugitiva existencia. Cuando el inmortal Cervantes, cual otro Colón, se dirigía con paso firme á su objeto, despreciando los sarcasmos de sus compatriotas, era porque, tras un presente sombrío, preveía un porvenir halagüeño, y porque, tras los dicitos de sus contemporáneos, aguardaba la solemne apoteosis que le preparaba la posteridad. Pero en el Ecuador, donde la voz robusta del poeta no va más allá de cuatro paredes de montañas, y sus acentos más inspirados tienen de reducirse al monólogo desesperante de Larra, languidece el alma que sueña con las caricias de la gloria, y la pluma cae de la desfallecida mano del escritor. Hé aquí por qué es tan pobre nuestra literatura: porque falta á los escritores el primordial de los estímulos, cual es el de la inmortalidad.

Pero, sea cual fuere el estado de la literatura de una nación, tiene el pueblo sus días de duelo y sus días de ventura, y lanza, unas veces un gemido de dolor, y otras un suspiro de dicha. El pueblo tiene sus días de gloria y sus épocas de martirio, horas en que se transporta y horas en que se abate, momentos en que sonríe y momentos en que lamenta; y el pueblo no puede permanecer indiferente al impulso de sus pasiones, canta y llora sin interrupción, y tiene su poesía, tosca y desaliñada las más veces, pero siempre sencilla, original y encantadora. ¿Qué le importa que el genio no tenga ningún estímulo para alzar su atrevido vuelo por regiones fantásticas y desconocidas, y que presto se pierdan en el espacio las últimas notas de cantos sonoros y magníficos, llenos de pompa y ornato, que, acaso, no le interesan ni aun comprende? Él tiene su poesía propia y peculiar, poesía que es su ídolo, porque es la intérprete fiel de sus afectos. Puede una nación hallarse en el estado más espantoso de atraso, tener leyes que opongan toda clase de obstáculos á la propagación de las luces, y, en fin, no poseer un cúmulo de escritos que merezca llamarse su literatura; pero tendrá siempre sus cantos populares, dirigirá sus plegarias al Eterno, celebrará la memoria de sus héroes, y eutonará sus serenatas ardientes y apasionadas. Y en estos cantos sencillos y sin ornato, cada nota es una melodía tierna y delicada, y cada pensamiento la expresión sincera de un afecto. Hé aquí la *poesía popular* hacia la cual he querido llamar vuestra atención, porque es la poesía por excelencia, porque en ella expresa el pueblo sus afectos, y porque me encanta su sencillez y originalidad, su gracia y ligereza.

La *poesía popular* adquiere hoy, además, nueva importancia. Después que la poesía clásica española había llegado á su más alto grado de esplendor, y que las liras armoniosas de Herrera y Rodrigo Caro produjeron sonidos robustos y sonoros dignos de Píndaro y Horacio; Góngora y los demás próceres del *culteranismo*, desdeñando siempre cantar lo que el pueblo cantaba, encontrando ya agotado el género moral y pastoril de los antiguos, y queriendo suplir, con la novedad en las formas, la novedad que faltaba en la invención, recargaron esa poesía de adornos inusitados y estrambóticos, y la llevaron al estado más lastimoso, hasta hacer desaparecer casi completamente el ingenio español, á fines del siglo XVII y principios del XVIII. Fué necesario que entonces se hicieran esfuerzos desesperados y que hubiera una revolución literaria, para poderse entender los escritores españoles. La nueva literatura tendió á ser menos ampulosa en sus formas y más original en su invención. Mas los poetas románticos de la nueva escuela, á fuer de esforzarse por aparecer originales, se lanzaron, poco á poco, en las regiones de lo fantástico y maravilloso, pareció ya languido y frío todo lo que no rayaba en los límites de lo ideal é imposible; y al fin, en vez del culteranismo en las formas, cayóse en otro extremo aun más insupportable, dejando correr sin freno á la imaginación. En tal esta-

do, y con el objeto de evitar que los poetas, abandonándose al más extravagante romanticismo y vagando siempre de fantasma en fantasma y de abstracción en abstracción, llegasen á no poderse entender ya, se está verificando lentamente una nueva revolución literaria, revolución en la cual las miradas se vuelven hacia la *poesía popular*, cuya sencillez y naturalidad encanta, y que es original sin ser fantástica, y tierna y delicada sin ser abstracta ni ideal.

En nuestra literatura, que no es sino un reflejo de la española, debía suceder otro tanto. La edad de oro de las letras españolas, la época de los Leones y Garcilasos, de los Herrereras y Caros, de los Villegas y Latorres, corresponde, en América, á la de rudos conquistadores que poco ó nada se ocuparon en la difusión de las luces, y así, poco ó nada tenemos correspondiente á aquella época de triste recordación. Nuestros primeros vaguidos literarios comenzaron cuando ya, en España, el culteranismo más extravagante había esterilizado completamente el ingenio y hecho perder toda idea de verdadera belleza, y entouces fué uno mismo el gusto literario, tanto en España como en América. Si en España llevó Góngora hasta el delirio la hinchazón, la ampulosidad y la retumbancia del lenguaje, no faltaron en la audiencia de Quito Escalonas y Bastidas que se propusieron, nada menos que dejar muy atrás á su modelo; y si en España hubo un Gracián que llamase al sol *jinete del día* y á los astros *pollos del tindario nuevo*, hubo también en la expresada audiencia un Camargo que dijese, de una chorera de Chillo,

“Que enjaezada de perlas

Era un potro cristalino, & ?”

y un P. Aguirre que, cantando á Monserrate, exclamase:

“Este de rocas promontorio adusto,

Freno es al aire y á los cielos susto;

Mas que de Jiges los ribazos fieros,

Organizado terror á los luceros &.”

En una palabra, en todos los versos que nos han quedado de aquella época se nota la misma ampulosidad, igual pompa y afectación, idéntica extravagancia que las que se encuentran en las poesías españolas correspondientes á ese tiempo.

Después del renacimiento del buen gusto literario, y cuando Quintana electrizaba á los españoles con sus cantos sublimes, sonoros y magníficos, el bardo ecuatoriano, el incomparable Olmedo, vertía torrentes de poesía, empuñaba el cetro de oro de la literatura americana, y entonaba cantos armoniosos, dignos de competir con los del inspirado poeta de la Península.

Luego, cuando en España comenzaron á hablar los esqueletos, adquirieron animación y vida las estatuas, descendieron los ángeles del cielo y salieron los demonios de sus moradas internas; en una palabra, cuando se empapó con exceso la literatura peninsular en las fantásticas creaciones de la *escuela romántica*, emigraron también á la América muchos de esos duendes y fantasmas, partos de una imaginación delirante, y corrompieron igualmente el gusto literario de los americanos, más propensos aún que los españoles á lo fantástico y maravilloso. Desde entonces, en América como en España, la literatura tiende á tomar la sencillez y originalidad de la *poesía popular*, y muy pronto los corruptores del gusto literario americano serán citados, con todas sus fantásticas creaciones, como hoy lo es Góngora con los giros atrevidos de su expresión. La *poesía popular* merece, pues, ser estudiada con detención, y que ingenios superiores se apoderen de ella, analicen todas sus bellezas, reparen algún tanto su desaliño, y la den el poquísimos ornato que necesita pa-

ra constituir la delicia del literato, así como hoy constituye el ídolo de los pueblos.

En cuanto al origen de la poesía popular, no puede ser otro que el del pueblo mismo; pues el hombre tiene el lenguaje para la manifestación de sus más íntimos afectos, y su voz es musical y sonora, por manera que lleva en sí los principales elementos constitutivos de la poesía. Así, donde quiera que hay un agregado de hombres, por reducido que sea, allí hay una poesía popular, porque ese agregado de hombres tiene pasiones que le exaltan unas veces, y le entristecen otras, porque unas veces llora y otras ríe; porque sabe gozar y sufrir, y, por consiguiente, tiene de ser cantor, y tiene de ser poeta. “El pueblo no puede estar sin poesía, dice Zárate; necesita cantar, alegrarse en sus fiestas, celebrar á sus héroes y los sucesos que fijan su atención ó influyen en su suerte. No hay estado de la sociedad, por atrasada que esté, no existe idioma, por rústico y grosero que parezca, en que la poesía no deje de ser un hecho, y en que este hecho no produzca sus frutos, más ó menos sazonados, más ó menos gratos. Aun se puede decir que esos tiempos de infancia de las sociedades y del lenguaje son los más poéticos, porque entonces las pasiones del pueblo son más vivas, su imaginación más lozana, está más desarrollada la fantasía que el entendimiento, se vive más en el campo y en la guerra que en el gabinete y los talleres, y finalmente se necesita un medio de conservar en la memoria, sin el auxilio de la escritura, los acontecimientos notables, los preceptos de la moral y de la política, y este medio no es otro que la poesía. Así, pues, apenas se estableció la monarquía asturiana, cuna de la actual monarquía, apenas nació de un latín corrompido la lengua rústica, origen de la castellana, desde aquel tiempo hubieron de existir poetas, y poetas cuya voz fuese escuchada del pueblo”.

“Estos poetas, continúa, ignorantes de cuanto se había escrito en la antigüedad, ajenos tal vez á toda especie de cultura, confundidos entre el pueblo, componían sólo para el pueblo, conservando y repitiendo de memoria sus toscas composiciones, porque ni la escritura les era conocida. Movidos de una voz interior que les decía confusamente que eran poetas, obedeciendo á la mera inspiración, empleando un metro informe pero fácil, sin pretensiones de ningún género, sin deseo de gloria, sin más objeto que su solaz ó el de aquellos á quienes trataban de agradar, improvisaban sus toscos y breves poemas, que aprendían de memoria sus contemporáneos, que éstos transmitían del propio modo á sus hijos y éstos á los suyos, variando el texto primitivo de unos en otros, ya por defecto de la memoria, ya por las alteraciones que sufría el habla, ya por deseo de mejorarla”.

Tal es el origen de la poesía popular, y nada tendré que añadir á estas juiciosas líneas del Sr. Zárate. Una guerra de siete siglos entre los restos de la monarquía goda y los árabes conquistadores de la España produjo hechos de valor inaudito que andaban en boca de todos, héroes cuyo nombre se repetía con asombro, y costumbres caballerescas, llenas de pundonor y galantería. La *poesía popular* se apoderó de esos hechos, de esos héroes y de esas costumbres, y formó mil y mil romances, pequeños poemas que todos aprendían, que se transmitían de padres á hijos y que formaban el embeleso de los pueblos. De este modo la España posee, en los *romances*, una riquísima mina que jamás se agota, á pesar de las multiplicadas colecciones que se han hecho, con el nombre de *romanceros*. Pero no es ésa la poesía popular española que pueda llamarse también americana, y por tanto, no me detendré más en ella; y sólo añadiré, con Quintana, “que aquellos romances que pintaban felizmente las costumbres moriscas y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones, se plegaban á toda clase de asuntos, se valían de un lenguaje

rico y natural, se vestían de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio. Aquellas costumbres en que se unían tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros y tan tiernos, aquel país tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonoros y tan dulces, todo contribuía á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintaban”.

Nuestra poesía popular por excelencia, la que forma el encanto de nuestro pueblo, es aquella que éste emplea para expresar sus más caras emociones y lanzar sus alaridos de dolor y sus gritos de alegría; es aquella que éste entona al compás de una arpa melancólica ó del bullicioso rasgar de una guitarra. Y el pueblo ama esa poesía, porque es la suya, porque está en un lenguaje que comprende, porque versa sobre asuntos que le interesan, porque, en medio de su sencillez y originalidad, encuentra aquello que más le entusiasma y conmueve; en una palabra, porque es el lenguaje vivo y animado de sus pasiones.

Elegid las más inspiradas composiciones de la edad de oro de la literatura ó de la época del renacimiento del buen gusto; recitad, por ejemplo, la inimitable “Epístola Moral” de Caro (?), ó la inmortal “Oda á la Imprenta” de Quintana; y el hombre del pueblo os escuchará sin participar de vuestro entusiasmo, ni sentirse con el alma conmovida. Pero haced resonar las más ligeras notas de la *poesía popular*, entonad cualquiera de sus sencillos cantares, recitad algunos versos del tierno y delicado Trueba, y veréis animarse las facciones de ese mismo hombre del pueblo que permaneció indiferente á los más grandiosos partos del ingenio. Veréisle identificarse con el cantor y sentir lo que él ha sentido; escucharéis los latidos de su corazón que quedará vibrando como una cuerda delicada que hubiese pulsado la diestra mano de un artista; le haréis animarse ó desfallecer, al impulso de las emociones que se hubiese propuesto desarrollar el poeta.

Citaré algunos ejemplos tomados del mismo Trueba. Pocas composiciones se habrán escrito con tanta sencillez y naturalidad como la intitulada “Flores para la Virgen”; y sin embargo difícilmente se podrá encontrar algo más tierno y delicado que esas sencillas palabras :

“Pero temo que la Virgen
No haga caso de una niña”,
puestas en boca de una muchacha que dice:
“Está malita mi madre,
Y me han dicho mis vecinas
Que al punto se pondrá buena,
Si cuando toquen á misa,
Una corona de flores
Llevó á la virgen María”.

Tanto como el himno más inspirado satisface este sencillo trozo del cantor de “Noche buena”:

“Campanero, toma un jarro
Del tinto de mi bodega
Y bébelo y luego sube
A la torre de la iglesia,
Y tocando las campanas
Hasta que rompas la cuerda,
Lanza un Hosanna bendito
A los cielos y la tierra,
Que, campanero del alma,
Esta noche es noche buena”.

Si pasamos á las letrillas amorosas, ¡con qué encantadora naturalidad, con qué amable delicadeza está escrita la bellísima composición “Glorias de la mujer”! Los versos fluyen sin esfuerzo alguno; y al concluir cada estrofa, brota naturalmente de los labios el estribillo:

“Pues si nada de esto sueñas,
Pues si nada de esto ves,
Digo que no tienes alma
Ni corazón de mujer”.

¡Cuánta tristeza y melancolía encierra el cantar “Sin esperanza”!, y el lector se encuentra hondamente conmovido cuando llega al siguiente trozo con que termina la composición:

“Cayó el mancebo, y la calle
Quedó muda y solitaria,
Y siguió soplando el cierzo
Y aumentándose la escarcha.
Poco después los serenos,
Sobre las losas heladas
Vieron un cuerpo sin vida
Al lado de una guitarra.
¡Ay! era un pobre mancebo
A quién dió muerte temprana,
Mas que el frío de la noche,
El desamor de una ingrata!
El alma del cuerpo hu nano
Afirman que es la esperanza,
Y siendo así, no podía
Vivir un cuerpo sin alma!

Pocas composiciones se habrán escrito, en idioma de Castilla, tan tiernas y delicadas como “La casa donde vivió”, y es difícil no sentir una dulce melancolía al leer cualquiera de sus estrofas, por ejemplo la siguiente:

“Casita, casita blanca
Donde mi amada vivió,
De rayos y de huracanes
Te guarde por siempre Dios;
Los guindos y los manzanos
Te den sombra y protección;
Nunca se seque la fuente,
Que te da en Julio frescor;
Entonen en tu tejado
Los pájaros su canción;
Enredaderas te adornen
Y flores te den olor:
Yo vendré cuando el sol nazca,
Yo vendré al morir el sol,
A fecundar con mi llanto
Los campos de alrededor,
Fijos los dolientes ojos
En tu desierto balcón &c.”

Con dificultad pudiérase hallar tampoco una composición escrita con más soltura y gracia que “La Serrana”; y el canto viene naturalmente y sin esfuerzo, cuando se exclama:

“Sólo falta en mi choza
Y el alma busca
Una cara de cielo
Como la tuya;

Serrana hermosa,
Deja tu serranía,
Ven á mi choza”.

Si pasamos al género festivo, “Las Muchachas de Sanlúcar”, “A oscuras”, “Periquito entre ellas” y “Los Desengaños” serán composiciones que, por su gracia y donosura, jamás caerán en el olvido. No es posible recitar, sin la sonrisa en los labios, los cantares “A Pepa” y “Constancia”, y nos parece ver resucitada la musa festiva y epigramática de Alcázar ó de Quevedo, cuando leemos el siguiente trozo de la primera:

“Mano y alma te ofrezco,
Pepa querida,
Que ya me va cansando
La soltería;
Mas es preciso
Que antes de todo sepas
Cuántas son cinco.

Si es que no te has mirado
Nunca al espejo,
Antes que el trato ajustes
Debes hacerlo;
Luego no vengas
Con que tu cara vale
Muchas pesetas”:

ó el siguiente de la segunda:

“Me gustan mucho tus ojos,
Me gusta mucho tu pelo
Me gusta mucho tu cara,
Me gusta mucho tu cuerpo;
Pero no te quiero niña,
Y sabrás que no te quiero,
Porque no puede una luz
Alumbrar dos aposentos”.

¿Qué encanto especial, qué magia inexplicable tiene, pues, esa poesía, para así agradar, á pesar de su sencillez y ligereza? La *poesía popular* agrada, porque escucha los acentos más íntimos del alma y cuenta basta las últimas pulsaciones del corazón; porque, en ella, nada hay de abstracto ni ideal, pues cada frase es la expresión de un sentimiento real y positivo; porque, en cada uno de sus versos, las más veces toscos y desaliñados, se encuentra siempre un pensamiento delicado, que nos hace, unas veces sonreír de placer, y otras suspirar de pena; en una palabra, porque la *poesía popular* es la poesía por excelencia, la poesía del corazón, no la de las fórmulas, que desaparece al destruir su artificioso mecanismo.

Tomad, por ejemplo, alguna de las más pomposas y afectadas composiciones de la literatura romántica exagerada; desnudadla de su pompa y hojarasca, destruid algún tanto esa artificiosa distribución de palabras que suena en vuestros oídos como una melodía de Donizetti, traducidla, si queréis, á otro idioma, y quedará qué? . . . Nada más que un frío y descarnado esqueleto, porque su belleza no consistía en el fondo sino en las fórmulas. Pero salid en una hermosa noche de luna, paráos donde quiera que oigáis gemir las cuerdas de una guitarra, escuchad con atención la ardiente y apasionada serenata que se habrá entonado al pie de una elevada ventana, y cada uno de sus versos, destituidos de todo ornato, os arrancará, unas veces un gemido, y otras una sonrisa. Y tomad cualquiera de esos versos, hacédle sufrir todas las metamorfosis imaginables, y siempre lleva-

rá en sí el pensamiento ingenioso y delicado que os arrancó ese suspiro ó sonrisa, porque fué la voz del corazón, y su belleza consistía, no en las fórmulas sino en el fondo.

¿Queréis comprender mejor lo que es la poesía popular? Pues oído á ese mismo Trueba, quien, habiéndola cultivado con mano maestra, debe saberlo mejor que nadie. “En la falda de una de las montañas que cercan un valle de Vizcaya, dice, hay cuatro casitas blancas, como cuatro palomas escondidas en un bosque de castaños y nogales; cuatro casitas que sólo se ven de lejos cuando el otoño ha quitado á los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida. En el fondo del valle, hay una iglesia cuyo campanario rompe la bóveda del follaje y se alza majestuosamente sobre los nogales y los fresnos, como si quisiera significar que la voz de Dios se eleva sobre la naturaleza: en aquella iglesia se dicen dos misas los domingos, una en cuanto sale el sol y otra dos horas después. Los jóvenes nos levantábamos con el canto de los pajaritos y bajábamos á misa primera, cantando y saltando por los sombríos rebollares, y los ancianos bajaban luego á misa mayor. ¿Queréis saber lo que yo hacía mientras iban á ésta nuestros padres y nuestros abuelos? Me sentaba bajo unos cerezos que había frente á la casa paterna, porque desde allí se descubría todo el valle que finaliza en el mar, y poco después iban á buscarme cuatro ó cinco muchachas, coloradas como las cerezas que pendían sobre su frente ó como los airosos lazos de sus largas trenzas de pelo, y me hacían componerles coplas para cantar á sus novios por la tarde, al són de la pandetera, bajo los nogales donde bailábamos los jóvenes y se regocijaban los ancianos. Recuerdo que un día una de aquellas muchachas estaba muy triste, porque su novio iba á ausentarse por largo tiempo y deseaba un cantar que expresara su tristeza; se le hice, y poco después el cantar era popular en el valle.

“Otra mañana ví sentada bajo los árboles que dan sombra á la iglesia una joven forastera de tan peregrina hermosura, que jamás se borrará de mi imaginación su recuerdo. No comprendí entonces el sentimiento que me inspiró; pero, concluida la misa, seguí con la vista á aquella joven hasta que la ví desaparecer allá á lo lejos, en el laberinto de una arboleda, y volví á casa poseído de una tristeza que en muchos días no me fué dado vencer. Durante aquellos días compuse muchos cantares que expresaban algo de lo que mi corazón sentía. Diez años más tarde, pasando por un pueblo de Castilla, oí uno de aquellos cantares á una muchacha que estaba tendiendo ropa á la orilla de un arroyo, y recordando su origen con profunda emoción: “Hé aquí, me dije, la historia de los cantares populares”.

“Quince años hace, añade, que dejé mi solitaria aldea: quince años hace que, en lugar de cantar bajo los cerezos de mi país nativo, canto en esta Babilonia que se alza á orillas del Manzanares; y sin embargo, aun me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y donde moriré si Dios quiere; aun se parecen mis cantares á los de quince años hace. ¿Qué entiendo yo de griego, ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de flores y arroyuelos, de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores, alegrías y tristezas del pueblo, y entonces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo”.

El carácter distintivo de la *poesía popular* ha sido siempre la sencillez y originalidad. La *poesía clásica* ha tenido diversas vicisitudes: la hemos visto sublime y encantadora en Garcilaso y León, más engalanada y sonora en Caro y Herrera, un poco afectada ya en Lope de Vega y Valbuena, delirante y llena de extravagancia en Góngora y Tracián, y otra

vez sonora, magnífica y sublime en Meléndez y Quintana. Mas la *poesía popular* ha sido siempre la misma, y ha conservado siempre ese sello indeleble de sencillez y naturalidad, cualquiera que hubiese sido el gusto literario de la época. Desde que, allá en el siglo XV, dijo el Marqués de Santillana, con encantadora naturalidad:

“Moza tan hermosa
Non ví en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa &”

hasta que el inimitable Trueba dijo ayer:

“A la orilla del río
Te ví una tarde,
A la orilla del río
De Manzanares;
Y desde entonces,
Eres único objeto
De mis amores”

la *poesía popular* ha sido idéntica; los versos compuestos cuando el idioma estaba en su infancia, y los compuestos cuando éste ha llegado á su más completo desarrollo, parecen de la misma época, y las antiguas *serranas* y los modernos *cantares* son como si se hubiesen entonado sin diferencia de tiempos. Por esto, tales versos ejercen un influjo tan poderoso en el ánimo del pueblo, que los entona con tanto agrado y los transmite de padres á hijos. Por esto, aun se oye resonar el “Maguera pastor” de Juan de la Encina.

El mismo Góngora, que llevó la hinchazón y ampulosidad del lenguaje hasta la extravagancia y el delirio, es muy diferente cuando, entonando un romance morisco, dice:

“Amarrado al duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut,
En la playa de Marbella,
Se quejaba, al ronco són
Del remo y de la cadena &.”

Y más todavía cuando, dedicándose á la *poesía popular* por excelencia, compuso su graciosa letrilla cuyo estribillo es:

“Ande yo caliente
Y ríase la gente”

ó aquella que principia:

“Que esté la bella casada
Bien vestida y mal celada,
Bien puede ser &”

Entonces nos parece que Góngora se ha transformado en otro hombre, y apenas podemos creer que ese poeta festivo, ingenioso y delicado, á la par que sencillo, natural y fluido, fuese el mismo que compusiera versos llenos de extravagancia y afectación, que era imposible entender, por más que se atormentase la mente.

Quevedo, el más conocido de los poetas, aquel cuyo nombre anda en boca de todos, porque su genio mordaz y festivo se acomodaba tanto á la *poesía popular*, es muy diferente cuando, dedicándose á otra especie de *poesía*, se contaminaba del mal gusto de la época y degenera, con frecuencia, en difuso y afectado. No así en sus letrillas satíricas, que jamás perecerán, y que pasarán á ser proverbios, serán siempre recitadas con entu-

siasmo y formarán el encanto del pueblo para el cual fueron escritas. Hé aquí una prueba evidente de lo que es y lo que puede ser la *poesía popular*, cuando ingenios superiores se apoderan de ella, corrigen su desaliño y la dan algún ornato, sin caer en la afectación.

Si la *poesía popular* es la expresión fiel de los afectos del pueblo, es claro que, según éste sea de carácter melancólico ó alegre, será también esa *poesía*, unas veces tierna y sentimental, y otras bulliciosa, festiva y picaresca. Así, en medio de nuestras montañas, la *poesía popular* se exhala en quejas tristes y sentidas como el rondador indiano, y en el Litoral es esa *poesía* animada y festiva como el rasgar de una guitarra. Pero el pueblo encuentra, por lo regular, motivos de diversión aun en medio de sus padecimientos; y así la *poesía popular* tiende, las más veces, al género epigramático, y es entonces cuando ostenta todas sus galas.

No se crea, acaso, que puedo disculpar que la *poesía*, á fuer de esforzarse por adoptar la originalidad y sencillez de la popular, caiga en la vulgaridad y use de un lenguaje desaliñado y bárbaro. Quiero tan sólo que adopte la soltura y delicadeza de esos sencillos cantares que el pueblo entona, y no se pierda en fantasmagorías vanas y en inútiles abstracciones. Quiero que, como esas tonadas, toque las fibras más delicadas del alma, y sea cada uno de sus acentos un canto que interese á todos, que todos entonen y comprendan todos.

Cada copla popular es un capítulo de la historia del corazón, ha dicho Trueba; y uno de los primeros literatos españoles, el inspirado García Gutiérrez, lo ha probado con la amenidad é ilustración que acostumbra, siguiendo al pueblo, paso á paso, en cada uno de sus afectos. En cuanto á mí, sólo he querido, en este humilde trabajo, dar una ojeada rápida sobre la *poesía popular*, examinándola por todos sus aspectos y haciendo conocer su importancia, hoy más que nunca indisputable.

Concluiré con un hecho que me concierne y da motivo á la nueva publicación, algo modificada y corregida, de estas mal pergeñadas líneas, ledas ya por mí en el seno de una corporación literaria y dadas á luz mucho tiempo ha.

Había publicado en "La Patria" de Guayaquil, con el título de "*Un matrimonio en mi barrio*", un humilde ensayo de *poesía popular*, trabajo de puro pasatiempo, y que carecía de toda pretension literaria; por manera que estuve muy distante de esperar obtuviese mi modesta producción los elogios que la prodigó el ilustrado escritor Dr. Elias Laso, y que luego mi muy querido amigo, el inspirado poeta D. Juan León Mera, hiciese de ella el asunto de un capítulo de una de las más estimadas obras debidas á su bien tajada cuanto elocuente pluma. El acreditado crítico, al recomendar las buenas cualidades que, según él, tiene "*El matrimonio en mi barrio*", hace también resaltar sus faltas, que muchas y graves debió haber en tan fugaz como volandero ensayo. En cuanto á éstas, debí acatar, como en efecto acaté, una voz tan autorizada como ha sido y es la suya; y respecto á *cualidades*, las hubo de ver, acaso, tras el prisma de la amistad y con la benevolencia de quien, ajeno á todo sentimiento de mezquino egoísmo, trataba de infundir aliento al que entraba con timidez y desconfianza en el escabroso terreno de la literatura. Sólo así se explica que, junto á trozos cuyo humilde prosaísmo le despecha, hubiese encontrado otros dignos de que, por ellos, *me estrechase la mano lleno de satisfacción*. Me abstuve, pues, de discutir, sobre el fondo de justicia que la crítica encerrara, y únicamente traté de aprovecharme de los consejos que se me daban con tan buena voluntad como cortesanía. Y como el crítico ambateño, al creer había en mí, aunque no suficientemente desenvueltas, las dotes que constituyen al verdadero poeta popular, me indicase la sen-

da que me convenía, presentándome como modelo al inimitable Trueba, busqué este mi ya olvidado escrito, para manifestar á mi amigo que estábamos enteramente de acuerdo, no en cuanto á las dotes poéticas que me concede, sino con respecto al género de poesía que me convenía cultivar y que efectivamente constituye mi encanto y mis delicias; no en cuanto á la posibilidad, siquiera remota, de que mi humilde musa pueda ir á las trazas de la del tierno y delicado poeta vizcaíno, sino en lo concerniente á nuestra común admiración por éste, considerando sus versos como el modelo más acabado de *poesía popular*. Por esto había escogido este asunto, prefiriéndolo á cualquier otro, como tema del antedicho trabajo académico; por eso me complacía en comprobar mis apreciaciones sobre semejante materia con ejemplos tomados del poeta popular español, en vez de haberlas comprobado con versos de origen ecuatoriano, acudiendo á la riquísima mina de expresivos cuartetos con que nuestro pueblo manifiesta sus alegrías y tristezas. Las vicisitudes de mi agitada vida dejaron mi escrito allí donde se encontraba, arrebatándome á remotos climas; pero, así en la nebulosa Albión como bajo el límpido cielo italiano, así entre las escarpadas rocas del Rin como en las floridas márgenes del Guadalquivir y del Turia, así al dar un sentido adiós á la patria como al volver á besar con efusión su caro suelo; cada vez que he tenido esos momentos en que aun las almas menos poéticas sienten la necesidad de expresar sus afectos en el lenguaje de las musas, he procurado también separarme poco ó nada de la senda que una mano amiga me señalara, y que yo mismo me había trazado, aun antes de la publicación de la "Ojeada histórica crítica sobre la Poesía ecuatoriana". Y dejando, en consecuencia, la poesía de género más elevado á los Llonas, Meras y Zaldumbides, he cuidado de aumentar, en lo posible, mi escaso caudal de composiciones poéticas de carácter popular y, probablemente, de poco ó ningún mérito literario. Así, mi estudio sobre ese género de poesía, y su más conspicuo representante que es Trueba, como también la crítica del Sr. Mera al modesto ensayo que lleva el epígrafe de "*Un matrimonio en mi barrio*", formarán, por decirlo así, la historia de esos sencillos versos, casi todos inéditos, caso de resultar dignos de que el público fije su atención en ellos y participe de la opinión del más americano y original de nuestros poetas.

JULIO CASTRO.

EL INCIENSO Y LA ALHUCEMA.

I.

Este mundo es un mercado
En donde juntos se expenden
El incienso y la alhucema,
Las penas y los placeres.

—Vecinita, vecinita,
Pasa á la tienda de enfrente,
Compra incienso y quema luego,
Que ya el Santísimo viene.

¡ Pobre de mí ! que mi madre
¡ Se me muere, se me muere !
¡ Ay ! ¡ qué sones tan funestos
Esa campanilla tiene !

— Yo no puedo, señorita,
Yo no puedo detenerme :
Mi madre da á luz un niño,
Y, con presteza y alegre,

Me dice : “ Compra alhucema,
Allá en la tienda de enfrente ;
Acércame acá el braceró ;
Quémala, quémala breve.”

II.

El incienso y la alhucema
¡ Qué bien huelen ! ¡ qué bien huelen !
Aquél á un huésped que parte,
Mas ésta á huésped que viene.

¡ Ay ! ¡ qué suertes tan distintas
Aquellas dos niñas tienen,
La una con cara de pascua
Y la otra que ya se muere !

Rosa, con ojos saltones,
Chispeantes, vivos y alegres ;
Y Ana, con ojos hundidos,
Apagados y dolientes ;

La una que huele á alhucema
Y á un hermanito que viene,
Y la otra que huele á tumba
Y á una madre que se muere.

III.

— ¡ Bate palmas, bate palmas !
¡ Llegó el huésped, llegó el huésped !
— ¡ Ay ! ¡ ya se murió mi madre !
¡ Dí que doblen y me entierren !

¡ Y no es el mundo un mercado
En donde juntos se expenden
El incienso y la alhucema,
Las penas y los placeres ?